



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...
Ave María...(x3)
Gloria...

3ra Rosa: La Soledad

Si examinamos detenidamente qué es aquello que hace que el cuerpo corra y tropiece, la mayoría de las veces, encontraremos que es la afectividad herida que corría buscando consuelo y compañía.

Con esta tercera rosa, vamos a entregar nuestros afectos, pero nos centraremos específicamente en la soledad que tantas veces nos impulsa hacia caminos que nos alejan del verdadero consuelo.

Fuimos creados para amar y ser amados, por eso es normal que nuestra humanidad busque compañía, necesite de unos brazos que calienten, de un hombro para llorar o de una mirada que conforte.

Sabemos que Dios está con nosotros siempre. Pero, pocas veces lo experimentamos. El velo que nos separa de Él, mientras estemos de paso por esta tierra, hace que no podamos ver el color de sus ojos, sentir el calor de sus manos o escuchar el tono de su risa. Es por eso por lo que tantas veces el alma se llena de tristeza. No es la tristeza del mundo, sino una pena más profunda: el dolor del paraíso perdido, el anhelo del alma por unirse con su creador. Algunas personas viven este dolor y esta soledad en la Tierra con más intensidad que otras. El corazón no lo entiende, el cuerpo no lo asimila, el espíritu busca y no encuentra, anhela llegar a la unión total con

Dios. El resultado es la soledad, la sensación de destierro, de insatisfacción permanente, el deseo de comprensión y cariño.

Sólo la verdadera libertad se convierte en una línea recta para disponer el alma hacia el encuentro del Paraíso. El problema está en que cuando la afectividad se lastima y uno queda herido, resentido o confuso, se va alejando de la libertad que conduce al camino y la tristeza incrementa y se intensifica, haciendo que la soledad resulte insoportable.

El verdadero deseo de unión hace que uno quiera dejar esta vida para llegar a aquélla para la cual ha sido creado. Pero en medio del dolor y la confusión, ese anhelo auténtico y legítimo, se confunde con una pulsión de muerte que no permite disfrutar de la vida y hace que se pierda el sentido de la misma.

No sólo es suicida quién ha intentado terminar con su vida, sino todo aquél que en medio de su soledad quiere poner fin al dolor que le rodea. ¡Cuántas veces suicidamos nuestros sueños y nuestro amor por culpa de la soledad!

Esa soledad es tan profunda y densa que no permite ver la luz. Nos sentimos abandonados de toda fuerza y de todo consuelo, incluso de aquél que viene del Cielo. EL mismo Cristo experimentó este abandono en la Cruz al clamar "*Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?*" (Mt. 27, 46). El Señor conoce ese abismo de la soledad y la muerte y nos invita a vivirlo desde adentro, no con la intención de hundirnos en él, sino con la esperanza de que, al salir y volver a ver la luz, resucitaremos para dar testimonio de la misericordia del Padre

que nos permitió sentir esa soledad, sin habernos dejado nunca solos.

Desde el momento en que Dios nos vio en el abismo de la soledad y el abandono, nos tomó con amor para que podamos mostrar al mundo que el amor de Jesús venció a la muerte, al dolor, a la depresión y al suicidio. Tras haber vivido en la fosa de la muerte, nos convertimos en testigos de la resurrección.

Al entregar esta rosa a María, le entregaremos todos esos momentos de soledad y abandono. Vamos a recordarlos, tratando de encontrar en ellos la presencia silenciosa de nuestra Madre, que nos sostenía, aunque no nos diéramos cuenta.

ORACIÓN PARA PEDIR LA PERSEVERANCIA

En medio de mi soledad Y para acompañarte en la tuya, te entrego, Madre, mi compañía.

Por el dolor y el abandono que sentiste en el Calvario, te pido que me alcances la gracia de la perseverancia, para mantenerme fiel aún en los momentos de mayor desolación.

Te pido que recibas las lágrimas que he derramado al sentirme incomprendido, triste, solo o abatido. Conviértelas en un bálsamo que alivie el dolor de tu Hijo alzado y abandonado en la Cruz.

Enséñame a tenerme paciencia cuando todo es oscuro y no te siento junto a mí. Dame la fe para seguir amando aún cuando no siento nada, cuando no veo, cuando no entiendo, cuando no quiero. Que sepa estar contigo a la espera de la resurrección.

Quiero acoger de tu paz y que seas tú la luz de mi esperanza. No importa cómo estoy, lo que hago o lo que dejo de hacer, sólo recíbeme, Madre, y mantenme junto a ti, bajo tu manto, cerca de Jesús.

Haz que los latidos del Corazón agonizante de Cristo me enciendan en deseos de latir por Él y por todos los que se encuentran solos, tristes, desanimados y decepcionados. Deseo que juntos llevemos consuelo a todas las almas que lloran y anhelan el Cielo.

Amén